



Ante el centenario de la muerte de Rosario de Acuña

Macrino Fernández Riera

«Esa admirable nación que supo, de una manotada, quitarse de encima Iglesia, Monarquía y oligarcas, desenvolviéndose desde entonces con una exuberancia, con una racionalidad y con una alteza de ideales que ya los quisiéramos para nosotros, siquiera de reflejo. Hay que haber visitado durante dos años Portugal, caminando a pie, en jornadas cortas, por sus regiones, como yo hice hace tres años, para darse cuenta del estado de cultura y progreso de aquella tierra, que va a ir conquistando con su solo esfuerzo el sitio de una grande y respetada nacionalidad». («Ávicultura», «El Noroeste», 21-11-1916)

Su amor por España no empañaba el ideal de ver a la humanidad avanzando unida por el camino de la Verdad hacia el progreso. Si lejána se hallaba la utópica hermandad universal, no parecía estarlo tanto la unión de su patria con otras naciones hermanas. Esa es la postura que manifestó en diversas ocasiones desde que en los años ochenta sintonizara con los postulados defendidos por los republicanos federales. Su amor a la patria se mostró desde entonces compatible con un sentimiento de pertenencia a la gran nación latina, que se extendía desde el Peloponeso hasta Finisterre, desde los confines del Mediterráneo hasta los abruptos acantilados del Atlántico, que debía a la fuerza del sol que bañaba sus tierras y al común pasado grecolatino su diferenciación con los pueblos del norte de Europa. Con todo, Francia y Portugal fueron los países hacia los que mayores simpatías mostró públicamente.

El acercamiento al ideario republicano le va a dar ocasión de profundizar en un asunto en el cual conseguirá unir razón y sentimientos: la unión ibérica. El viejo proyecto de eliminar las fronteras existentes en la península Ibérica se había visto impulsado con ocasión de la proclamación de la república federal en el año 1873, y era muy querido por quienes se habían convertido en sus nuevos correligionarios.

La idea de unir Portugal y España no era una novedad, pues ya en el pasado la habían acariciado distintos monarcas castellanos y portugueses, pero será en el siglo XIX cuando tomará un nuevo impulso. En las primeras décadas del siglo, en plena batalla contra los defensores del Antiguo Régimen, hay liberales a ambos lados de la frontera que defienden la creación de una monarquía constitucional que uniese ambos territorios. Bien es verdad que aquellas tentativas se quedaron en el estadio teórico, en la letra impresa que propaga a uno y otro lado las bondades de aquella legítima aspiración: ¿no se habla de la unión alemana o de la italiana?, ¿por qué no de la ibérica?

Habrà que esperar a los años del Sexenio para que las pretensiones iberistas resurjan con ímpetu. Serán entonces los republicanos quie-

Abrazo fraternal al pueblo portugués

España y Portugal unidas es para la escritora el primer paso de una utopía y el enlace con sus ancestros



Lo que ha de unir a España y Portugal

«Lo que ha de unir a España y Portugal», ilustración publicada en el semanario «El Motín» el 9 de marzo de 1890.

nes se encarguen de recoger el relevo y lo harán además con gran entusiasmo. Pretendían crear una federación ibérica, propósito que, si bien no cuajó en el año 1873 cuando todo parecía mostrarse favorable, se habrá de convertir en objetivo irrenunciable para aquellos republicanos que, en uno y otro territorio, aspiraban a que la unión de sus dos países supusiera el primer paso en la consecución del viejo ideal que vislumbraba la definitiva eliminación de las fronteras, de todas las fronteras.

No cabe duda de que la propuesta de unir los destinos de los dos pueblos de la Península debía de resultar especialmente atractiva a los ojos de Rosario de Acuña. La federación ibérica abría la puerta a una utopía, podría ser el primer peldaño de la escalera que conduce a la unión última del género humano, a

Tras la federación ibérica podría llegarse a una confederación latina o de países iberoamericanos

esa quimérica fraternidad universal que aflora en no pocos de sus escritos. Tras aquel primer paso podría llegarse a una confederación latina o a la unión de naciones iberoamericanas. Además, ella sentía una indisoluble simpatía por el país vecino, que bien pudiera tener algo que ver con el hecho de que los antepasados de su familia paterna procedieran de las tierras lusitanas. Así pues, el acercamiento de sus

nuevos correligionarios a los portugueses gozaba del firme apoyo de nuestra protagonista, como bien quedaba patente en cuanto la ocasión se mostrara propicia. Veamos.

A principios de 1890, el gobierno británico entrega al portugués un ultimátum en el que le exige la retirada de las fuerzas militares lusas que se encuentran en el corredor que une Angola y Mozambique, sus colonias africanas. La amenaza de las armas que se cieme sobre el pueblo vecino va a reavivar el sentimiento iberista activando la espontánea solidaridad de muchos españoles. Los universitarios responden con prontitud a la llamada de sus colegas, solidarizándose con su causa y participando junto a ellos en diversos actos unitarios condenando la agresión británica. Los republicanos, por su parte, se movilizan con celeridad organizando grandes manifestaciones en apoyo de la nación lusa que tienen lugar frente a la embajada portuguesa y los consulados de este país en Zaragoza, Salamanca o Valencia.

Pocas semanas después de conocerse la amenaza británica, Rosario hace público su apoyo al pueblo portugués en una carta de exaltación al tronco común: «En todos los horizontes de la Europa meridional flamea hoy, reverberando, sobre la sublime historia de la raza latina, esa actitud elocuente y arrebatadora en que vuestras muchedumbres se han colocado». La agresión procedente del oscuro y frío Norte había conseguido despertar a la familia latina, que hasta entonces parecía caminar adormecida, despojada de su tradicional nervio de abnegaciones, que constituye «la más alta herencia recibida de su cielo radiante de luz, y de su tierra impregnada de sol». He aquí, de nuevo, al astro rey dibujando paraísos y forjando carácter en los pueblos. España comparte con sus hermanos latinos una tierra luminosa que ha forjado un carácter similar a los pueblos que la comparten y que la han compartido a lo largo de un venturoso pasado común. En su escrito, tierra e historia se entremezclan para caracterizar este pueblo que ahora se revuelve contra los del Septentrión: «el ambiente de las tierras latinas, desde las riberas del Peloponeso, hasta los abruptos escollos de Finisterre, parece revivir al calor de aquellos días en que la matrona de Esparta le preguntaba a su hijo cómo se atrevía a volver vivo, habiéndose perdido la batalla».

La carta, publicada en «Las Dominicales» el 8 de marzo de 1890 y reproducida en español en el diario lisboeta «A Patria» el día 30 del mismo mes, representa un valioso testimonio, no sólo del caluroso apoyo prestado a los hermanos portugueses, (que habrá de tener continuación en las páginas de Anathema, revista cuyo único número fue publicado en mayo de 1890 a favor de la «Grande Suscriçao Nacional» organizada para adquirir navíos de guerra y en la cual la firma de Rosario de Acuña, al pie del artículo

«El continente latino» que envía para la ocasión, se une a la de otros escritores españoles, portugueses, franceses, italianos y rumanos), sino también de las posiciones políticas que por entonces mantiene su autora. El escrito en cuestión constituye, en efecto, una clara defensa de la república federal, de una «España unida para la libertad, para el trabajo, para su honra de nación poderosa, pero autónoma, independiente y separada para el régimen de su vida interna», que aspira a integrarse junto a Portugal en aquel anhelado proyecto común para el que pretende aunar voluntades: «unámonos para realizar este portentoso ideal de la nación ibérica».

La unión de los dos pueblos, además de suponer un primer paso en aquella utopía que contempla a la humanidad avanzando fraternalmente unida por la senda del progreso, representa también el abrazo de su querida España con el país de sus ancestros, con la tierra de aquellos «da Cunha», sangre de su sangre. El país luso tendrá para ella una gran significación, tanto por razones ideológicas como sentimentales, llegando a convertirse en el referente de la regeneración patria que ella predicará durante el resto de su vida. Al fin y al cabo, no tardando mucho, allí se habrán de producir algunos de los cambios que ella quisiera ver extendidos a toda la Península: en octubre de 1910 la monarquía dará paso a la república y la nueva constitución sancionará la separación entre las Iglesias y el Estado...

No es de extrañar, por tanto, que sea aquella tierra, tan hermosamente espléndida como la española y ya libre de algunas de las rémoras que la atenazaban al pasado, la que se convierta en el lugar que elija para exiliarse cuando la Audiencia de Barcelona dicte una orden de búsqueda y captura contra ella, como consecuencia de las denuncias que siguieron a la publicación de «La jacerca de la Universidad», su implacable respuesta a la agresión sufrida por una universitaria a la salida de las clases. Los dos años que pasó en aquellas tierras supusieron un duro golpe para ella, tanto por la forma en que se produjo su traslado como por el quebranto económico que sufrió, pero durante ese tiempo su admiración por el país vecino quedó plenamente consolidada, no dudando en mostrar su apoyo a las medidas gubernamentales adoptadas tras la aprobación de la ley de separación del Estado y las Iglesias (desde Valença envía un contundente telegrama al ministro de Justicia, en el cual y entre otras cosas lanza vivas a la razón y al progreso: Abaixo as seitas religiosas! Viva a razão e viva o progresso) o en afirmar, una vez retornada a la casa gijonesa del acantilado tras el obligado exilio, que allí «las leyes de los radicalismos liberales han vivificado la sociedad lusitana de tal manera que hoy es el Estado de más generoso espíritu de justicia, de cultura y de fraternidad que existe en Europa».